

Los obreros. Esa inmensa familia proletaria: brazo productor de todas las riquezas industriales, artística, etc. etc., pulula desahuciada del patrimonio común y sin cubierto en el succulento banquete de la Vida.

En vano pide justicia y ni siquiera se le atiende en sus auxilios de subsistencia.

Eso es la opaca silueta de la actual sociedad regida por el funesto estado capitalista y de la guerra como fruto de este mismo estado.

Pero esta misma guerra traerá consigo el hundimiento total y violento de este régimen caduco actual.

Unos magnos nubarrones se van formando impregnados de venganza justiciera que se ciernen sobre la estela social.

Cuando hayan adquirido el grado de vapor rebelde que produce este régimen actual de injusticia creciente, entonces descargarán en masa todo el cúmulo de sus pasiones inundándolo para siempre más.

Entonces se implantará la Justicia.

Entonces florecerá la Vida.

—ACCION SOCIAL OBRERA.— Ningún establecimiento de café, tabernas, barberías, Sociedades, etc., debe dejar de suscribirse a nuestra publicación.

El banquete de la vida

XVII

LA FELICIDAD

Los hombres, seres con alta conciencia de su personalidad, con elementos propios de vida y cuando no, en posición de condiciones naturales que pueden completarse por solidaridad, por amistad, por amor, y además por mutualidad en estricta justicia, son socialmente libres e iguales, han de serlo por necesidad. No lo son aún, ni el que tiraniza ni el tiranizado, por no haber concluido todavía el período evolutivo de la propia constitución ni el de la organización solidaria de sus colectividades.

Por haberse localizado en países distintos y distantes unos de otros, bajo la influencia de climas variados y diferentes medios de vitalidad, creándose como humanidades diversas, y a causa también de irrupciones y conquistas sometidas después a la acción del tiempo y de las fuerzas terrestres, han surgido razas y subrazas con caracteres especiales y rasgos distintivos múltiples y opuestos; resultando que mientras unos han hallado facilidades que han abierto libre vía a la evolu-

ción, otras por imposibilidad, o por no sentir la necesidad en un medio plácido y tranquilo, ha permanecido estancadas en cierto grado primitivamente progresivo o han progresado mucho más lentamente, convirtiéndose en diferencia y en enemistad la que debía caracterizarse por pacífica unidad.

Por esa desde donde quiera que se examine el asunto, ni por el estudio de la prehistoria, ni por el de los salvajes actuales, se encuentra el hombre primitivo; acerca del cual dice Loetourneau: «Por lejos que llevemos los diversos procedimientos de investigación en el pasado del género humano, no nos presentan jamás un tipo bajo el cual no haya sitio más que para el animal. Poseemos desde hace pocos años restos óseos pertenecientes a un primate intermediario que no era ya un mono sin ser todavía un hombre; pero del género de vida, de la mentalidad de este antecesor probable de nuestra especie, nada sabemos absolutamente. Por su parte la prehistoria nos conduce seguramente al origen de la industria humana, pero nada dice del estado mental y social de los más remotos obreros de la prehistoria, siéndonos preciso recurrir a los más atrasados de nuestros prehistóricos contemporáneos.»

Es, pues, un progreso, la existencia misma del hombre y en estado progresivo se nos presenta siempre a nuestra consideración, ya que la piedra tallada vale intelectualmente tanto como cualquier descubrimiento moderno.

La pena producida por la necesidad, la aspiración formulada por el deseo y la satisfacción consiguiente a ver realizada la aspiración, dan la norma de la vida de la humanidad, desde aquellos inciertos tiempos del hombre mono, o del mono hombre, hasta nuestros días. Así continuará la sociedad satisfaciendo deseos hijos de necesidades, hasta crear una especie de mecanismo sociológico perfecto en armónica concordancia con el individuo y con la colectividad, que desvanezca todo antagonismo y vuelva la humanidad al clan primitivo, perfeccionado y adornado con todas las maravillas del arte y de la ciencia, enaltecido además por inalterable justicia que dé base firme a una perdurable felicidad.

Conquistada la naturaleza y destruido el privilegio, los humanos llevarán su derecho inmanente —entonces verdadera y prácticamente ilegible— en íntima e indisoluble unión con su personalidad y como las zagalijas de la edad de oro soñada por Cervantes, correrán de valle en valle y de otero en otero sin temores ni peligros por la trabazón de los derechos de todos serán la positiva salvaguardia del derecho de cada uno.

Y por esta vez la previsión poética sufrirá tremenda corrección; porque no es la edad de oro un estado de inocencia primitiva ante el cual toda variación y progreso supondría malicia y dolo, sino al contrario, una constitución social futura en que por un desvaste de la animalidad heredada, por un perfeccionamiento sucesivo y una organización científico-armónica, en que todos colaboran al bien común y de él disfrutan, adquirirán los hombres y las mujeres el equilibrio fisiológico-racional que les corresponde y a que tienen derecho por haberlo construido con su inteligencia y con su voluntad tras innumerables y dolorosos sacrificios.